

P'otojsi en el corazón de un escritor Mejicano Guillermo Razo Cuevas

Gastón Cornejo Bascopé

En febrero de 1996 comenté el primer libro de Guillermo Razo Cuevas, así titulado obra del gran periodista, abogado y escritor mejicano que visitó Potosí y compuso una novela denominada ¡P'otojsi! - ¡Trueno!

Inmediatamente me situé en el tiempo del Coloniaje. La trama de la novela sucede en 1728. Siglo de las Luces, siglo de los Borbones en la Europa colonizadora. En la América meridional y en la Real Audiencia del Charcas, es tiempo del holocausto andino y el genocidio en la mina de plata de Porco y del cerro fabuloso de Diego Huallpa en Potosí.

El Visorrey Francisco Álvarez de Toledo, en 1573 ante la crisis económica de España, decide explotar los minerales y también los hombres naturales en una Institución que desde el incario se llamaba MITA (turno); pero con caracteres muy diferentes.

El reclutamiento de mitayos se efectuaba por orden de la citada autoridad a partir de los 15 años y se expandía hasta los 50, en 139 pueblos, sistema que retira una séptima población masculina cada año. 13 000 varones indígenas bajo jurisdicción de los Corregidores –existían 83 en el Perú– castigaban con azotes, multas y colgamiento de los cabellos a los dirigentes de las poblaciones que no entregaban el aporte humano.

Al cerro de Potosí ingresaban los mitayos al infierno, desde el día lunes a sábado, recibían alguna comida los jueves y salían a la luz del exterior el final de semana para asistir todos a la misa, el domingo.

Valentín Abecia, historiador, remarca un patético dato: “El cerro es una sierra grande, en gran manera fría, los inviernos son helados y es tan grande el calor dentro que se abrazan vivos. Acabando de trabajar salen de la mina con los metales a cuestras y es gente desnuda porque encima del pellejo no traen sino una camiseta y calzones de cordillate. Salen sudados, resfríanse pronto y dales una tosecilla de que se vienen a morir”.

Sabemos que las numerosas epidemias de viruela, sarampión, tabardillo, verrugas, sarna, difteria, tifoidea, azolaban periódicamente las colonias con enfermedades que llegaban con los señores extranjeros. (Los europeos – así llegó también la espiroqueta pálida de la sífilis).

La esclavitud y el tráfico de africanos se ofrecían como un negocio productivo. El Santo Oficio ya establecido desde 1570, sentenciaba, sacrificaba y daba muerte a los enfermos mentales, histéricos, epilépticos, oligofrénicos y a las brujas relacionadas con las fuerzas demoníacas y a todo contestatario que se calificaba en los rubros anteriores.

El tormento producía fracturas óseas, luxaciones articulares, desgarros nerviosos con la parálisis consecuente y quemaduras extensas, pérdida de conocimiento y graves secuelas. La Santa Inquisición controlaba la ignorancia del pueblo que estaba totalmente sometido y prohibido de leer a Servet, Galileo, Harvey, los sacrílegos. En 1600 quemaron en Florencia al gran humanista Giordano Bruno, torturándole salvajemente previo a la hoguera.

La naturaleza humana era considerada cosa del diablo; la menstruación femenina un fenómeno fuera de las leyes naturales. “¿Cómo sacará el cirujano la criatura viva o muerta de la matriz? ... Primero reconocerá si está muerta por la falta de movimientos, el vientre frío y el resuello de la madre, hediondo, los ojos hundidos, los labios sin color, moreteados, el vientre aventado. Meteréis la mano derecha untada con enjundia de gallina y sacaréis la criatura entera o a pedazos. Si no pudiéreis desharéis los huesos de la cabeza sino meteréis algún garabato o cuchillo encorvado con mucho tiento y destreza que suele ser la causa de muerte de la enferma”.

Guillermo Razo remarca que esta gracia no alcanzaba a las monjas de claustro que mueren de mal parto o de aborto, como sucedió con la heroína de la novela que analizamos, Sor Rebeca del Villar, embarazada por Fray Reynaldo, poderoso Abate secretario del Arzobispo.

Don Pedro Vicente Cañete y Domínguez, Gobernador, expresa su desprecio por los indios rechazando en ellos la vacuna protectora: “No es conveniente el suero entre los indios porque el resultado es dudoso y es casi imposible producir mutaciones porque sus alimentos son groseros, además de escasos; su vida brutal, sus continuas borracheras y la intemperie en que viven, es forzoso que engendren malos humores, tan dóciles y crasos que de ningún modo es conveniente el uso de la inoculación”.

Teodosio Imaña Castro revela: “La inmensa rebelión andina inspiró a las autoridades de la Corona la adopción de medidas radicales. Se exterminó y sacó del continente a los rebeldes y a todos sus descendientes y evitó la posibilidad de matrimonios y descendencia de los Tupaj Amaru y Katari, encarcelando hasta la muerte a todos los familiares”.

Julio Rodríguez Rivas transcribe de Gunnar Mendoza las notas del cronista Arzans de Orzúa y Vela: “En 1728, reapareció la peste en Potosí. Comenzaron a compungirse reconociendo pecados tan continuos y escandalosos. Se hicieron las acostumbradas rogativas, procesiones y cirios. Tantas medicinas y sangrías, ventosas, cauterios y martirios -y para huir del pecado- ¿Qué es lo que hicisteis y hacéis? ¿Qué de los ayunos, cilicios y disciplinas? ¿Qué de lágrimas y confesiones?”.

Tenía que llegar a nuestra patria y a nuestro valle un mejicano despierto en cultura, sensible y perspicaz para recordarnos magistralmente, mediante una espléndida novela, la realidad y el oprobio del pasado colonial; la esclavitud implantada, fáctica y espiritual de nuestro mayores, antepasados indígenas, para que las generaciones presentes, descendientes de criollos, mestizos, indígenas y cuarterones de Charcas y desde Bolívar, Bolivia, reflexionáramos sobre el pasado histórico y la realidad socio cultural primigenia conectados con las complejas falencias del ser humano actual, el producto humano, contradictorio, rebelde, se encuentre indignado en su humanidad; el mismo que genera una patria de difícil construcción por los complejos de inferioridad heredados en los mandados, y la egolatría y arbitrariedad de los mandantes.

Guillermo Razo reabre la herida casi sin quererlo. Viaja Potosí y rastrea las verdades ocultas; iluminado pergeña una novela de verídica trama. Los actores no son seres excepcionales, mas bien, son representativos de una época pretérita reciente y en muchos aspectos, contemporánea.

El Virrey Toledo, todopoderoso se eterniza actualizado en la cumbre del poder. Su autoridad es incuestionable, inquisitorial, mantiene el carácter de Torquemada entre bambalinas pseudo-democráticas en el teatro virtual de la existencia nacional.

Los criollos y sus descendientes guardan equilibrio reteniendo el poder temporal, a pesar de la Independencia, en el tiempo republicano; en cambio, los descendientes originarios auténticos, antes príncipes, luego siervos, aún mantienen su condición paria “*el pedacito roto de hombre inconcluso que por las calles de hoy, que por las huellas del otoño muerto, van machacando el alma, hasta la tumba*” (P. Neruda)

Los más tristes signos de inhumanidad, de atraso, incultura y desamparo, vivienda miserable y hábitat destrozado, un horizonte gris y el erial entorna al boliviano marginal que como en el P'otojsi de Razo, están disimulados por el aparente desarrollo tecnológico, encubiertos por la dominante cultura occidental.

Los conquistadores, descubridores, conceptuaron al Hombre americano como parte nimia de la zoología regional. El indio no poseía alma y el evangelizarlos era imprescindible para el dominio natural de su conquista y servidumbre.

Los Hijos del Sol, de cosmovisión diferente, no encontraron diálogo ni entronque. Su medicina, superior a la hispana, su arquitectura colosal, sus saberes agrícolas insuperables, su metalurgia artística y relevante, hasta que llegaron los blancos barbudos con truenos certeros sobre monstruos relinchantes, galopando al unísono en redoble de cuatro patas con herraduras metálicas. Junto a ellos, llegaron también unos frailes predicando doctrinas atemorizantes y persecutorias, plagadas de diablos y duendes. Juntos ajusticiaban a garrote quebrantando cuellos y quemando en piras funerarias a los infieles en calzados públicos.

No edificaron escuelas ni hospitales; no asilos ni comedores; sólo conventos y claustros con jóvenes enterrados de ambos sexos donde también el amor fue extraviado y era menester ser asexuado en plena hermosura para alcanzar la gloria eterna en los cielos.

El proceso natural del sentimiento fue envilecido, se conoció al fin la violencia y el desprecio; la violación y el sacrificio, el látigo y el cilicio, la cadena y el garrote. Cielo para los blancos que transcurrían serenos la existencia. Infierno en la vida de los siervos de habla indigna.

Para mejor faena trajeron africanos teñidos de sol e impureza, seres extraños, animales sufrientes e incompetentes en la puna. Y para todos ellos, los que entraban a la Mita, esa extraña enfermedad que aflora con tos espumosa y sangrienta que se llama Tisis y se los lleva temprano. Sumisos recibieron resignados, el palo en el dorso herido, la violación, las cadenas, la alienante palabra autoritaria de la exclusión y el desprecio. También la muerte de los dioses tutelares. Todo este cruel relato, cercano y ya olvidado, persiste en nuestra mente como la dolorosa e increíble imagen del pasado.

La obra literaria de Guillermo Razo, escritor salmantino, en la belleza literaria de exposición, electriza los nervios de esa realidad cuestionada. Por su trama pasan pensamientos reflexivos, evocaciones dolorosas que el autor epiloga

sutilmente, en significación creativa, en pos de mejores horizontes para el globalizado pensamiento de la redención americana.

Razo, mejicano auténtico, ahora egregio boliviano. Para quienes abordamos sus orillas, es un entrañable ser cuya amistad transparente se aprecia por su fraternal empatía ideológica.

Cochabambino al fin, cual ruisenior sonoro, inicia su canto en gorjeo de amor, al valle nuestro, al elevado Cristo, él mismo estela purificada de cometa.

Pasaron veinte años desde la presentación del libro *P'otojsi* hasta el presente, Razo que escribió en Cochabamba 28 libros estupendos retornó a su patria, temporalmente, pues su corazón quedó sembrado en Cochabamba.



Recepción: 4 de junio de 2016

Aprobación: 30 de agosto de 2016

Publicación: Octubre de 2016